

“Desandar lo andado”

Poemas de Manuel Silva Acevedo.

Ediciones Cordillera, 1988

Por Guillermo Trejo

MANUEL
SILVA ACEVEDO

DESANDAR
LO ANDADO



poemas

Ediciones Cordillera

La poesía es una manera del conocimiento. Por ella se puede acceder a la dilucidación del ser, mediante la identificación de lenguaje y contenido. A partir del idioma de todos, el poeta llega al propio supralenguaje que lo identificará ante sí y ante los demás. Este propósito que pretende la interacción de las oposiciones y contradicciones, Manuel Silva Acevedo lo asimila en esta obra con denodada pretensión y valiosos logros. El título mismo del libro indica un propósito de revisión vital que constituye su desafío.

La poesía es revelación allí donde la prosa es información. Y en este libro experimentamos el estremecimiento constante de tal revelación. El poeta ha llegado al encuentro fundamental con su propio decir. La palabra se ha hecho suya. Especialmente cuando, epigramáticamente, nos golpea con su verdad estética lograda. Eso ya se pergeñaba y se vio con claridad en obras anteriores, en especial en *Palos de Ciego* (E. LAR, serie del Mirador-1986). Silva Acevedo es un verdadero maestro del epigrama (una especie de Semónides o

Píndaro en este lar lejano de la Tierra). También lo es del poema breve. Y no menos elocuente su sentido crítico-epigramático (*Privado de recursos*, pág. 45). Allí nos dice: Privado de recursos, / puesto a volar aunque sin alas, / en cruz la ira y el espanto, / golpeado por ésta y otra planta, / el belfo agónico, la garganta ahogada en vinagre. / Y todo esto ocurre así no más en este erial de polvo.

A veces en el libro, Silva Acevedo nos entrega, como un Trakl criollo, su propio drama mediante paralelismos aparentemente independientes que, por contraste, comunican su fuerza reveladora. Ello lo vemos en, por ejemplo: *Ya de niño*, pág. 42. Asimismo, el manejo de lo negro, lo esperpéntico, se da con una elocuencia poética espeluznante. Esto último dicho en el sentido estricto: nos pone los pelos de punta. Ver, por ejemplo: *La flor de la carroña*, pág. 43.

Es significativo observar en obras de madurez literaria como ésta, algo que constituye el drama oculto del poeta logrado: cómo la máximas cimas conseguidas de su vena, contrastan con hondas simas donde se hunden, al menos en parte, los propósitos de algún que otro poema.

En nuestro vate, sin embargo, sus alturas han levantado sus medianías. Todo en él se mueve sobre niveles de gran dignidad poética. Se puede percibir detrás de sus palabras, la busca límpida, casi iniciática, de la identidad taoísta. Lograr la *coincidentia oppositorum*, donde radica la plenitud del ser en el existir. El ha logrado desnudar y no cortar el nudo gordiano, al tiempo que sobrepasar aquello que Semónides nos dejó dicho: Mucho tiempo tenemos para estar muertos y vivimos llenos de infortunios unos pocos años.

La lectura de este libro trino, compuesto como una sonata de tres movimientos (*Terrores diurnos*, donde se nos hace conocer y sentir el terror; *Monte de Venus*, donde la aventura de amar,



soñar el amor, vivirlo o sufrirlo, están expuestos con extraordinaria fuerza y eficacia poéticas, a la vez que altura lírico-dramática y la estupenda parte final dedicada a Enrique Lihn, *Lobos y ovejas*) es una fiesta variada. Es la participación del lector en la apoteosis del autor. Y aunque sólo fuera por esto, debemos agradecer a Manuel Silva Acevedo que haya aceptado del destino y de mano de los dioses encarar su vocación y soportar la picada del *estro*, es decir, del tabaño que contamina la poesía.